

EL TESORO DEL CASTREJÓN

Autor: Félix Gómez López

La noche era oscura, el cielo estaba tachonado de titilantes estrellas, que parecían poder alcanzarse con la mano a poco que se alzara el brazo. Los dos hombres se habían detenido en un recodo del camino, atado sus animales a unas retamas y se habían tumbado a descansar después de una dura jornada. Habían salido, muy de mañana, de Herrera del Duque, su pueblo natal, y dejado a sus espaldas el pueblo de Castilblanco. Seguían los pasos que, ellos mismos, habían recorrido meses antes, como componentes de la partida guerrillera de “Los Palillos”, llevando el tesoro que el General Basilio García les había encomendado para su custodia y puesta a buen recaudo.

La noche se había cerrado y en estas cábalas estaba Andrés, que sin poder conciliar el sueño recordaba cómo, junto a su paisano Teodoro y otros más, se había alistado a la partida guerrillera de los hermanos “Palillos”. Éstos enterados de la expedición de Basilio García, que había salido de Amurrio, se les unieron para combatir por la causa del pretendiente Carlos al trono de España a la muerte de Fernando VII. Corría el año 1836 cuando Basilio organizó esta expedición, la tercera que hacía, sabedor del apoyo que el tradicionalismo tenía en algunos pueblos de la Mancha, y de las muchas partidas de guerrilleros carlistas –más de cien- que había y que se habían formado como elemento de distracción para que el ejército Isabelino aflojara su presión del frente del Norte. Fruto de estas correrías de Basilio era el tesoro que había amasado por las rapiñas a los ricos hacendados partidarios de la reina Isabel.

La presión que las Milicias Nacionales, pero sobre todo el ejército Isabelino bajo el mando del General Sanz y otras columnas Isabelinas, hacían sobre los cristinos de Basilio, le indujeron a decidir, por el riesgo de perderlo, poner en manos de los hermanos “Palillos” -Francisco y Vicente- el tesoro que guardaba. Con instrucciones precisas de esconder el tesoro lo más lejos posible de aquellas tierras y, si fuera posible, en territorio donde no hubiera guerra.

“Los Palillos” reunieron a sus hombres de más confianza, ocho en total, y al mando de Vicente partieron una mañana del mes de Mayo de 1839 de Herrera del Duque. Portaban cuatro sacos en cada una de las dos acémilas que llevaban. Habían dispuesto poner en cada uno de los sacos una parte del oro y joyas y rellenar el resto con herraduras, hierros, cadenas, sartenes...irían como buhoneros unos y como pastores otros, que iban de regreso al Norte, después de haber dejado en las llanuras de Extremadura los ganados trashumantes que habían pastoreado desde las montañas leonesas. Por ese motivo su caminar hollaba la Cañada Real Leonesa Oriental. No esperaban encontrarse con nadie ni tener ningún contratiempo, pero tener planeada una coartada, por si acaso, no estaba demás.

Así, salieron de Herrera, población que hacía pocos días había caído en sus manos sin resistencia alguna. Eran muchos allí los partidarios de Don Carlos, pues casi todos eran gentes humildes, sin propiedades, para los que subsistir era ya un triunfo y para los que el futuro que prometían los liberales y sus ideas innovadoras, les parecía cosa del demonio. Como ya les advertía con amenazas de condena eterna el cura de su parroquia, si abrazaban las nuevas ideas y subvertían el orden natural establecido por Dios. Andrés recordaba perfectamente lo que el cura, desde el púlpito de la iglesia les sermoneaba cada domingo, también recordaba

que allí mismo, donde él estaba en ese momento, habían pasado la noche con su jefe Vicente y el tesoro. Sabía que el camino, un poco más adelante, se hacía difícil pues las jaras invadían la Cañada y apenas si quedaba paso para las personas y animales. Fue un tramo áspero y peligroso, sobre todo al cruzar el camino de Toledo a Guadalupe. Allí era posible que se encontraran con gente o con alguna partida de Milicianos Nacionales, como así se llamaban los grupos armados de civiles partidarios de Isabel y que combatían a los Carlistas. Por suerte, solo se encontraron con gentes que iban o venían del Monasterio de Guadalupe. Pasado el caserío de Puerto de San Vicente, el camino se suavizaba, a la par que la orografía, más dulce y suave, contribuía a que su marcha fuera más rápida, aunque ni mucho menos segura, como ellos habían supuesto. Así, en la bajada del puerto, se toparon con una partida de milicianos nacionales que les revisaron sus pertenencias, menos mal que Vicente, que marchaba siempre un poco adelantado al resto, los divisó y tuvo tiempo de advertir a sus hombres para que escondieran a las acémilas que portaban el tesoro. Este contratiempo les amedrentó y, durante la frugal cena, dispusieron esconder el tesoro tan pronto como encontraran el lugar adecuado.

A la mañana siguiente iniciaron su caminar muy temprano acuciados por el temporal de viento y agua que se había desatado. La marcha volvió a ser penosa y llegado al caer la tarde a un lugar, desde el que divisaron a su derecha un cerro rocoso, que distaba unas 400 varas del camino, con matas y jaras que hacían difícil el tránsito por él, decidieron acercarse a inspeccionar. Podía ser un buen lugar para esconder el tesoro o, cuanto menos, pasar la noche. Ascendieron por la pendiente, por una vereda de cabras, unas 100 varas más hasta llegar a un saliente rocoso de unas 12 varas de altura, que les cerraba el paso y que tuvieron que rodear para seguir subiendo. Una vez hubieron subido a la parte superior del fallarón, observaron que alguna rocas, en forma de losa amenazaban con desprenderse y caer al vacío.

Al descubrir aquello Vicente, hombre ingenioso e inteligente, se dio cuenta de que el sitio era perfecto para esconder el tesoro. Para ello debían cavar un hoyo debajo justo de las losas, meter el tesoro en el hoyo y hacer caer a las pesadas losas. Si sus cálculos eran correctos una gran losa, la mayor que había, caería sobre el hoyo donde esconderían el tesoro. La losa, calculó, tendría dos o tres varas de anchura, si hacía un hoyo de una vara cuadrada, lo que sería suficiente, cuando cayera la losa encima del hoyo, éste quedaría totalmente tapado y sus bordes no se verían al ser la losa más grande. A simple vista, no quedaría ni rastro, siquiera, de la excavación que había que hacer.

El problema, comprendió Vicente, sería cómo sacar el tesoro, pues mover la piedra no era humanamente posible, ni usando animales dado lo angosto del sitio. Dio vueltas al problema, mientras sus hombres descargaban los aperos de los animales y acomodaban el sitio para pasar la noche. Al pronto le vino la solución: sacaría el tesoro sin mover la losa, simplemente cavaría una zanja un poco antes de donde estaba la piedra y cuando llegara a la losa haría un pequeño túnel hasta llegar al tesoro. Era evidente que el tesoro era fácil de desenterrar, lo difícil, por no decir imposible, era saber que debajo de aquella piedra habría un tesoro.

Muy de madrugada, nada más aclarar el alba, iniciaron los trabajos. Separaron los hierros, herraduras, cadenas, sartenes... de las joyas y monedas de oro y lo metieron en dos sacos. En estas faenas estaban cuando aparecieron por allí unas cabras, que ramoneando se dieron de

cuernos con ellos. Enseguida advirtieron la presencia del cabrero, quién les observaba desde lo alto de una roca próxima, Nestor, “el cabrero”, como era conocido en el pueblo, solía apacentar su rebaño de cabras por el cerro del Castrejón, Allí fue aquel día con su rebaño y, para su desgracia, se encontró con aquellos hombres que veía a sus pies y que no entendió bien, en principio, que estaban haciendo.

Vicente hizo señas a sus hombres para que rodearan al cabrero y lo apresaran. No podía permitir que alguien supiera de su presencia allí y, mucho menos, que conociera el escondite donde iban a guardar el tesoro. Raudos, sus hombres, comprendieron lo que su jefe trataba de decirles, fácilmente lo rodearon. No fue tan fácil reducirlo, Néstor era un hombre fuerte, criado en el campo, de zagal primero con sus cabras soportando de sol a sol el frío y el calor, día tras día el viento y el aguacero. No supo porqué querían apresarlo, por ello, a la vez que se defendía, les voceaba pidiéndoles las razones de su proceder.

Al final un golpe certero en la cabeza dio con Néstor en el suelo. Así, pudieron maniatarle y, postrado en la tierra, continuar con la tarea de enterrar el tesoro. Aquel contratiempo le pareció a Vicente grave y apremió a sus hombres a realizar las tareas lo más rápido posible. Tenía prisas en acabar y desaparecer de allí. Pero, qué hacer con “El Cabrero”. Sabía bien lo que debía hacer, pero acabar con la vida de un hombre, cuya única falta había sido estar en el lugar y la hora equivocada, no le parecía bien. Al fin y al cabo, él era un hombre religioso, de principios, como buen partidario de Don Carlos sus convicciones religiosas estaban inspiradas en el más puro tradicionalismo cristiano y su proceder debía ser consecuente con su moral y la ley de Dios.

“El Cabrero”, poco a poco, fue recobrando el conocimiento y, cuando empezó a tomar conciencia de lo sucedido, comprendió lo que aquellos hombres estaban haciendo y, al pronto, supo que su suerte estaba echada. No podrían dejarle vivo sabiendo lo que estaban haciendo. No tuvo la más mínima esperanza de poder escapar, aunque los hombres estaban, todos, atareados en cavar un hoyo debajo de la gran losa que él había utilizado, en más de una ocasión, para protegerse de la lluvia, las sogas que atenazaban sus manos y sus piernas estaban firmemente prietas y anudadas.

Cuando llevaban cavada una profundidad de unas dos varas, Vicente concilió a sus hombres para debatir y resolver qué hacer con “El Cabrero”. Las razones que expuso Vicente para acabar con la vida de Néstor, les parecieron, a todos, convincentes, si bien, participaban de las consideraciones morales que les dijo su jefe para no matarle, pero, al fin, se impuso la razón de guerra. “El Cabrero” sería ajusticiado. Antes de finalizar, uno de los hombres hablo expresando su preocupación sobre qué hacer con el cadáver de Néstor, no podían, dijo, dejarlo sin enterrar, aparte las razones religiosas, si se encontraba el cadáver sería prueba de que alguien había estado allí. Lo mejor sería no dejar ningún rastro de su presencia, con lo que nada haría sospechar de lo que la gran losa iba a guardar en su seno. Alguien tuvo la idea de cavar el hoyo más profundo y enterrar el cadáver encima del tesoro. La idea les pareció muy acertada a todos. Así, todo quedaría limpio y no dejarían ninguna señal de lo allí acontecido.

Néstor había escuchado todo lo que aquellos hombres habían hablado. Y su propia condena de muerte. Sintió escalofríos por todo su cuerpo, sus piernas le temblaban, de su frente manaba

un chorro de sudor que le escocía en los ojos y le impedía la visión, su corazón, acelerado, parecía querer escaparse de su cuerpo. Nada podía hacer si no esperar que se ejecutara la cruel e injusta sentencia. Cuando le levantaron para matarle alzó la voz, fuerte, recia y profunda y, sin saber porqué, empezó a emitir los sonidos con los que llamaba a las cabras, con sonidos imposibles de entender y que, en algunos momentos y machaconamente, se entendía: “jac”, “jac”, “jac”. Este sonido quedo grabado en lo más profundo de la mente de aquellos hombres, aunque ninguno entendió su significado y el porqué quedaron tan impresionados al oírlo. Las cabras, al oír la voz de su amo, empezaron a correr hacia donde provenía el sonido. Todas, casi a la vez, llegaron donde estaba “El Cabrero” y sus captores, éstos se quedaron petrificados al ver aparecer a aquellas cabras de entre los matorrales y que, en círculo, les rodeaban. Pero lo que más les impresionó, gentes como eran supersticiosas e impresionables con lo divino y demoníaco, fue ver aparecer un gran macho cabrío que les pareció la misma encarnación de Lucifer. Al principio, retrocedieron asustados, pero enseguida comprendieron que aquello no era mas que un animal que había acudido a la llamada de su amo. Pero para su asombro, escucharon a “El Cabrero” proferir gritos de conjura y maldición para todos ellos y todos los que tuvieran la codicia de poseer aquella riqueza que era causa de su mal. Cuando “El Cabrero” terminó de gritar su conjura el asombro de aquellos hombres se convirtió en un pánico paralizante al ver como todas las cabras se había quedado quietas escuchando aquella letanía y así siguieron, sin moverse durante algún tiempo, menos el macho cabrío, que, una vez hubo terminada, se levantó sobre sus patas traseras, emitió un bufido y girando sobre sí mismo desapareció entre las matas ladera abajo.

Por más que lo buscaron, no volvieron a ver aquel animal que había protagonizado unas escenas escalofrantes. Aquellos hombres quedaron presa de los temores que les infundieron sus propios pensamientos y comentarios que se hicieron unos a otros. Pensaban que aquel macho cabrío pudiera tener alguna relación con la maldición del cabrero, que fuera un ser del averno a través del que la conjura les llagaría a sus moradores para que se cumpliera, todos expresaron su temor a Vicente, pero éste, hombre más instruido, les tranquilizó con sabias y acertadas palabras que serenaron el espíritu y ánimo de aquellos hombres de alma sencilla e influenciable.

El propio Vicente fue quién ajustició al cabrero de una certera puñalada en el corazón. Ya habían cavado el hoyo y enterrado en lo más profundo del mismo al tesoro, sobre él depositaron el cadáver de Néstor y se dispusieron a remover la gran piedra con la que pretendía tapar el escondite del tesoro y la fosa del cabrero. Les costó, al principio, más trabajo y esfuerzo del que pensaban mover la losa, pero una vez se empezó a deslizar, cayó pesadamente sobre la tierra y quedó en la posición que aquellos hombres habían pensado. Una vez finalizada su tarea, iniciaron el regreso a Herrera.

Néstor era un hombre apreciado en el pueblo, y también temido, apreciado por su carácter tranquilo, en cierto modo afable mas no cercano, de modales parsimoniosos y muy seguro de sí mismo; temido por sus conocimientos de magia y hechicería, al decir de algunos paisanos, que él rechazaba y que se le achacaban por sus conocimientos sobre el poder curativo de raíces, plantas y las pócimas, que él mismo preparaba, y por lo que todos acudían para pedirle remedios a sus males. También se le atribuían contactos con el diablo, del que decían provenían sus conocimientos. Todo ello fruto más de las habladurías de las gentes del pueblo,

que de las pruebas que, en realidad, había para inculparle de tales supercherías. Bien es cierto que Néstor, en su fuero interno, no se consideraba un hombre normal y corriente. Nunca habló a sus paisanos de donde le provenían sus conocimientos, que a fe eran muchos y siempre negó ser un mago o hechicero. Aunque las muchas curaciones que hacía de las enfermedades y males de sus paisanos eran ejemplo claro de sus poderes o, por lo menos, de sus conocimientos del cuerpo humano y hasta de su alma. Pues se dio algún caso de curar, incluso, la locura de algún vecino. Fue famoso, y se contó por toda la comarca el caso de Evaristo, un vecino que en un ataque de locura arremetió, cuchillo en mano, contra su propia familia, hiriendo gravemente a su mujer y uno de sus hijos, que no los mató por poco, dejándolos gravemente heridos. Fue un día de Diciembre, a primera hora de la noche y poco antes de cenar, cuando Evaristo sufrió el ataque. Los gritos de auxilio de la mujer y los hijos, y, sobre todo, la rápida actuación del más pequeño, que salió huyendo a la calle nada más ver como su padre atacó a su madre y hermanos, dirigiéndose en busca de Néstor, alertaron a los vecinos que acudieron a ver qué pasaba. Atónitos se quedaron contemplando la escena que vieron. Los cuerpos ensangrentados de la mujer y el hijo yacían en el suelo, otros dos hijos se habían cobijado debajo de la pequeña mesa, sobre la que iban a cenar, con el pánico reflejado en su rostro. Evaristo, al ver entrar a sus paisanos, cesó en su ataque a su familia y, por un momento, pareció dudar en su proceder. Mas fueron solo unos segundos y cuando se fue a abalanzar sobre ellos apareció la figura de Néstor, con su cayado de cabrero en su mano derecha, sereno y casi majestuoso clavó sus ojos en los de Evaristo y apuntándolo con el cayado le dirigió palabras que ninguno de los allí presentes entendió. Al momento, la faz de Evaristo cambió, su mirada se volvió humana y, sin apenas comprender lo que allí había pasado, dejó caer el cuchillo al suelo y llevándose las manos a la cara sollozó como un niño.

Este suceso fue ampliamente comentado y difundido por todo el pueblo y poblaciones colindantes. La aureola de hombre sanador, con poderes casi mágicos, le fue colgada a Néstor, quien explicaba que, simplemente, lo que había hecho es amenazar a Evaristo con el cayado y éste, por suerte, había reaccionado cesando en su ataque.

II

Antes de conciliar el sueño, Andrés repasó todos los hechos que allí acontecieron y, en algún momento, se sobresaltó con el recuerdo de "El Cabrero". Esperaba encontrar el lugar donde escondieron el tesoro igual que lo dejaron y ningún rastro de las cabras. Sin embargo, se mostraba temeroso por tener que profanar la tumba de aquel hombre que les había causado honda impresión por unos hechos que no llegaron a comprender y que les parecieron más propios de otro mundo, y de poderes ocultos, que de éste. Al final, cayó en un profundo sueño y se durmió, más no dejó su mente de imaginar persecuciones infernales y monstruos demoníacos que le acosaron en sus sueños, hasta que presa de una sofocante excitación se despertó con un sudor frío que le recorrió frente y espalda. Al amanecer, reiniciaron la marcha hacia su destino. Pero durante todo el día fue repasando lo que les había ocurrido a sus compañeros de la partida de "Los Palillos", de los ocho que componían la expedición del tesoro, seis habían muerto, hasta el propio Vicente, de forma violenta y, no siempre, se podía explicar de una manera racional o que fuera consecuencia de acciones de guerra. En todas las

muerter parecía haber intervenido un mal fario, una fuerza misteriosa que les había provocado el fatal desenlace, un algo inexplicable y raro que no fue comprendido por nadie.

III

La noche cayó sobre el Castrejón, los hombres de Vicente se habían ido, un silencio fantasmagórico se apoderó de rocas, plantas y animales. Todo el paisaje quedó bañado por una tenue neblina que parecía tener vida propia y que se apretaba, cada vez más, a la tierra, como queriendo empaparla de su alma. Y, a la vez, el ruido del silencio era más profundo y misterioso, había silencio que no podía oír ningún ser humano, no era de éste mundo. Cuando, al final, la neblina desapreció y fue absorbida por la tierra, se hizo el silencio de la noche.

Mientras, en el pueblo, las gentes habían guardado sus ganados y aperos y, recogidos en sus casas, no echaron en falta la ausencia de Néstor". Solamente Amalio, su vecino, se percibió que la puerta del corral estaba cerrada y las cabras estaban, queriendo entrar, apelotonadas en la entrada. Llamó a la puerta de la casa y al no contestar nadie, Néstor no tenía familia, sospechó que algo le podía haber ocurrido. Las cabras, por querencia, se habían venido solas desde el Castrejón al corral donde, todas las tardes, les daban el pienso y las ordeñaban.

Amalio dio aviso, de la ausencia de Néstor, a sus paisanos y, reunidos en el Ayuntamiento, acordaron salir esa misma noche en su búsqueda, por si estuviera enfermo o malherido por algún encuentro con malhechores que rondaban por el campo. La partida de vecinos que salió a buscar a Néstor volvió sin encontrar ni rastro de su paisano. Acordaron reiniciarla al día siguiente, pues era cierto que la negrura de la noche y lo espeso de la vegetación hacían muy difícil su búsqueda. Tampoco encontraron nada al día siguiente, ni todas cuantas veces salieron en su búsqueda. Desesperados dejaron de buscarle.

La falta de algún indicio o rastro del "Cabrero", junto con la desaparición también del macho cabrío, al que echaron en falta en días posteriores al hecho, dispararon las conjeturas sobre lo que podría haber pasado. Por todos era sabido los conocimientos que poseía su paisano y las habladurías sobre sus poderes mágicos y de contactos con el mismísimo demonio.

Algo muy extraño y poderoso debía haber ocurrido en el cerro del Castrejón y no debía ser casualidad la desaparición, al mismo tiempo, de Néstor y su macho cabrío. Muchos aseguraban que había sido Satanás quien se había llevado al infierno a los dos. A los pocos meses de la desaparición, algunos paisanos decían haber visto, en el cerro del Castrejón y calles aledañas, a un macho cabrío sobre el que montaba una figura humana. No podían asegurar que fuera el propio Néstor, pues la aparición, siempre, era a mucha distancia y aquellos seres desaparecían al acercarse a ellos. Pero todos pensaban que eran Néstor y su macho cabrío. No todos los habitantes de Aldeanovita creían aquellas historias, más propias de gentes crédulas y supersticiosas, por lo que el suceso, con el pasado de los años fue olvidado y todo quedó en un vago recuerdo.

IV

Así, con sus cábalas, Andrés y su compañero Teodoro llegaron a dar vistas al Castrejón. Enseguida reconocieron el monte por su perfil. Su corazón se aceleró presa de la excitación que le causaba tanto la ya, sentida, cercanía del tesoro, como la angustia de la tumba del "Cabrero". Estaba anocheciendo cuando llegaron a la base del roquedal donde estaba el tesoro. Hubieran preferido ponerse a cavar y marcharse de allí cuanto antes, algo les hacía sentirse inseguros y nerviosos, pero la luz del día se agotaba y las tinieblas empezaban a arropar con su lúgubre manto al monte. Si les dio tiempo a prepararse una frugal cena a base de carne seca y unas setas que recogieron de los alrededores. También hicieron una fogata, tanto para calentarse, como para taladrar la oscuridad de la noche y sentirse más seguros con los rayos de luz que emitían las llamas y las brasas.

Ya habían desaparejado a sus animales y extendido, al refugio de las rocas, sus mantas para hacerse un lecho donde dormir y pasar la noche. Después de cenar, cada uno se fue a su lecho, en silencio, sin dirigirse ni la mirada ni la palabra. Aquellos hombres estaban atenzados por el misterio del lugar y, pensando en lo mismo, se acostaron. Nada más apoyar su cabeza en el frío suelo, Andrés, sintió una punzada de dolor en su cerebro. Solo le duró unos segundos pero notó un cambio en su fuero interno, las ideas se agolparon en su mente que descontrolada empezó a sospechar de las intenciones de su compañero. Se preguntó si Teodoro no albergaría el plan de asesinarle, cuando estuviera dormido, para quedarse con todo el tesoro. Esta sospecha le intranquilizó y alteró en extremo. Maquinó durante algún tiempo y, cada vez más, se fue convenciendo de que su sospecha era fundada, sin duda, Teodoro intentaría asesinarle esa noche, no tenía duda alguna y debía adelantarse a sus planes. Sería él quien mataría a Teodoro.

Dejó pasar el tiempo y al oír los ronquidos de su compañero tuvo la certeza de su sueño y, sigiloso, se levanto, con el cuchillo en la mano, presto a asestar una certera puñalada en el corazón de Teodoro. El factor sorpresa fue decisivo para que Andrés lograra su objetivo, si bien, la primera embestida la pudo esquivar, pero postrado en el suelo, como estaba, no pudo, Teodoro, impedir que su corazón fuera atravesado por el puñal de Andrés. Éste, una vez consumado el asesinato, arrastró al cadáver fuera de su pequeño campamento y la dejó detrás de una roca. Al día siguiente, pensó, lo depositaría en el lugar que ocupaba el tesoro. Volvió a su lecho, pero no el sueño a su mente, que parecía en estado de gran excitación después de la pelea y muerte de su compañero. Así pasaron algunas horas y, poco antes de despuntar el alba, cuando parecía perder la conciencia y caer en brazos de Morfeo, una punzada de dolor taladró su estómago y paralizó su cuerpo. El dolor agudo fue cesando poco a poco, pero no desapareció por completo y, cuando ya abrigaba la esperanza de que cesaba totalmente, una nueva punzada, más fuerte y persistente que la primera, le recordó que su cuerpo estaba sometido al sufrimiento y al dolor. Y que éste volvía envuelto en un sudor frío que le recordaba lo fría que debía ser la muerte. Después de vomitar gran parte de la cena y de sentir mareos que le impidieron ponerse en pie, empezó a entrar en un letargo hasta perder la conciencia del entorno y de sí mismo, no sin antes vislumbrar una extraña figura, que le pareció un gran macho cabrío a cuyo lomo cabalgaba un ser enarbolando un cayado de cabrero. Poco a poco su corazón fue perdiendo fuerza y, bien entrado el día, dio sus últimos latidos. Andrés murió por micetismo, las setas que había ingerido en la cena eran, en su mayoría, venenosas.

Así se cumplió la maldición que Néstor “El Cabrero” había echado a todos los que tuvieran relación con aquel tesoro causa de su mal y de su muerte.

Nada turbó la paz de aquel entorno durante todo el día, los dos cadáveres permanecieron inertes y el tiempo, por momentos, pareció detenerse. Con todo, el trasiego de animales y personas no cesó en todo el día por el entorno donde estaban, lo cierto es que nada ni nadie se topó con la quietud que se escenificaba en aquel teatro, del que el embrujo de Néstor parecía ser único dueño y señor. Su poder se enseñoreaba de aquel terreno y lo dominaba, mientras ningún ser humano descubriera la macabra escena. Todo parecía estar bajo su hechizo y, en aquel mundo, su voz volvió a oírse para recordar a vivos y muertos que él era el único amo del tesoro y su maldición, eterna, para todos los que lo codiciaran.

Al segundo día, acertó a pasar por allí Tomasín, un muchacho avispado y vivaracho, con sus cabras. Encontró el cadáver de Andrés, retorcido sobre su vientre, encorvado y con la lengua fuera, los ojos abiertos y entornados. Tomasín se asustó y, como alma que lleva el diablo, corrió ladera abajo saltando entre peñas y matas, a punto caerse y sufrir un grave percance, dada la velocidad y descontrol, de brazos y piernas, que llevaba. No paró hasta llegar a su casa y contarle al padre lo que había visto. Pronto todo el pueblo conoció la noticia y todos fueron tras Tomasín para ver donde estaba el cadáver. Allí se encontraron con el cadáver de Andrés y con el de Teodoro, uno sin señales de violencia y otro con una puñalada en el corazón.

El pueblo se llenó de comentarios, de historias, de interpretaciones que trataban de hacer comprensible lo que les había ocurrido a aquellos hombres, de porqué estaban allí, de lo que buscaban, quienes eran...No tardó en aparecer, en los comentarios de los paisanos, la intervención del cabrero y, consecuentemente, en unir la historia de éste con aquellos hombres. Pudiera ser que todo estuviera relacionado, pero nadie supo explicar cómo y por más conjeturas que se hicieron, todo quedó inexplicado, y por inexplicado la historia se convirtió en leyenda, y como leyenda fue cambiando con el paso de los años y apareciendo en ella duendes y seres demoníacos que envenenaban, mataban y hacían desaparecer a personas y animales.

V

Habían pasado los años y los sucesos narrados pasaron a formar parte del acervo legendario de Aldeanovita. Y, aquella leyenda, quedó como una más de las que se contaban en las largas y tenebrosas noches de invierno que, al amor del fuego y el ulular del viento, asustaban a niños y hombres.

En la primavera del año 1873, a los pocos meses de iniciada la 3ª guerra Carlista, aparecieron por Aldeanovita tres hombres. Habían sido enviados por el Estado Mayor del ejército carlista a buscar el tesoro que la partida de “Los Palillos” había guardado y que, en los planos que Vicente había levantado se detallaba dónde se encontraba escondido. Estos documentos los había entregado Vicente al General Basilio, éste los hizo llegar al archivo general carlista, donde quedaron depositados. Fue la casualidad, unida a la necesidad de financiación del ejército Carlista, la que originó el encuentro de este documento y su posterior investigación.

Todo ello dio como resultado que se preparara una discreta expedición, dado que donde se encontraba el tesoro no había partidarios, ni infraestructura carlista para su apoyo. Así se eligieron tres hombres, de los más preparados, para la ejecución del plan de recuperación del tesoro.

Los tres hombres llegaron al anochecer a divisar el contorno del Castrejón. Enseguida lo identificaron como el cerro donde Vicente había enterrado el tesoro. Pero la escasa visibilidad les impedía buscar el lugar exacto, por ello decidieron bajar a la pequeña aldea que, casi adormecida en las sombras de la noche, se acunaba en el regazo del cerro. Solo la luz de los candiles, que se colaba por las desvencijadas puertas de las casas, alumbraba las calles del pueblo y se mezclaba con el olor de las frituras de las humildes cenas que preparaban sus vecinas. Acertaron, en la plaza del pueblo, con el colmado que hacía las veces de taberna y allí se dispusieron a reponer sus alforjas de los embutidos y salazones que les ofreció el dueño. Se sentaron en una mesa tocinera que había en un discreto rincón y pidieron de comer y de beber.

Acabada la comida, el vino siguió corriendo por la mesa y desatada por él, la lengua se soltó más de lo debido. La discreción, con la que entraron al colmado, dejó paso a la inhibición y el sigilo, que su misión requería, fue olvidado por los efectos del vino. Debido a su estado, no se percataron de que en una de las mesas más cercanas a la suya, dos hombres compartían una jarra de vino y la atención a las palabras que, indiscretamente, soltaban, en tono demasiado alto, sobre la certeza de encontrar el tesoro al día siguiente y del plano que, esperaban, fuera preciso.

Uno de aquellos hombres era Tomásín, el muchacho que encontró el cadáver de Andrés, ahora el tío Tomás. Cuando comprendieron todo lo que aquellos tres hombres hablaban en el colmado, se levantaron sin mediar palabra entre ellos y, discretamente, abandonaron la taberna. Una vez fuera, echaron a correr hacia su casa, allí contaron a su padre y sus otros dos hermanos lo que habían oído.

Decidieron robar los planos a aquellos hombres y trazaron un plan. Sería fácil deshacerse de sus cadáveres, nadie los conocía, casi nadie los había visto en el pueblo y romper su rastro no era difícil. Los cinco hombres se apostaron en la oscuridad de un rincón, desde el que veían la puerta del colmado y por donde, suponían, pasarían los forasteros. Poco tiempo tuvieron que esperar, hasta que aparecieron los tres en la puerta del colmado y, justo, dirigieron sus pasos hacia donde estaban Tomás, su padre y sus hermanos.

Al ver que se aproximaban a ellos, los cinco sacaron sus cuchillos de su refajo y, firmemente asidos, esperaron el momento de abalanzarse sobre ellos. Los carlistas, sorprendidos, no tuvieron tiempo de reaccionar y el destello de los aceros bajo los rayos de la luna, fueron lo último que vieron sus ojos. Siguiendo el plan trazado, depositaron los cadáveres en su viejo carro y, lo más silencioso que permitía el traqueteo de aquel vehículo, tomaron el camino del Puente del Arzobispo para arrojarlos al río. Calcularon que el trayecto, de ida y vuelta, les llevaría unas seis o siete horas, por lo que esperaban estar de vuelta en casa antes del amanecer. Todo salió según lo previsto y, de acuerdo con su plan, dejarían pasar unos días y sus orejas en las calles del pueblo para saber si se hablaba algo de los tres hombres que habían

cenado en el colmado. Sin embargo, esta última parte del plan se vio gravemente alterada cuando tío Saturio, el padre de Tomás, pidió a éste el plano del tesoro. Tomás, sorprendido por esta petición y con cara de espanto, dijo que él no lo tenía. Y ni lo tenía él, ni lo tenían ninguno de sus hermanos. No habían ejecutado la parte más sencilla de su plan, se les había olvidado coger el plano donde se detallaba el sitio del tesoro. El plano yacía en el fondo del Tajo, en algún recóndito, desconocido e inaccesible lugar y en el bolsillo de un muerto. Sus caras reflejaban el desánimo y la ira de su fracaso.

No del todo repuestos de su sorpresa y frustración, decidieron iniciar la búsqueda del tesoro al azar, total el cerro no era muy grande y quizás, pensaron, un golpe de fortuna les podía suponer encontrarlo y acabar con las privaciones y necesidades que padecían. Al cabo de pocos días todo el pueblo se llenó de comentarios sobre lo que la familia de Saturio buscaba en el Castrejón. En principio, sus respuestas a las preguntas de los paisanos era imprecisas y erráticas, lo que dio lugar a que se dispararan las conjeturas y, rápidamente, a alguien se le ocurrió decir que lo que buscaban era un tesoro. Pero nadie sospechó lo que Saturio y sus hijos hicieron con los carlistas y de donde provenía su información de que en el Castrejón había un tesoro escondido. Y a la tumba se llevaron su secreto, pues nunca dijeron a nadie lo que sabían por no confesar sus crímenes.

Y nunca encontraron el tesoro, que allí sigue protegido por el hechizo de Néstor “El Cabrero”, cuyo sortilegio y maldición confundió a Saturio y les hizo olvidarse de sacar los planos de la cartera del carlista que los portaba. Y, aún hoy, sigue protegiéndolo y abrazándolo en su tumba para desgracia de todos los que en su corazón solo anida la codicia y explotan, humillan y asesinan a otros hombres por su afán de riqueza.

Cuentan que Néstor tenía tatuado en su brazo su nombre y el de su macho cabrío : **NESTOR-JAC** y que a través de aquel tatuaje ejercía su poder y su magia. Y este poder esotérico y esta magia envolvió a todo el cerro del Castrejón el día de su muerte y quedó sellado y conectado en este cerro, y para toda la eternidad, el mundo desconocido de ultratumba al mundo humano.

Será casualidad pero “NESTOR-JAC” es un anagrama de “CASTREJÓN”. Y será también casualidad, Néstor significa “el que recuerda”, “el que no olvida”.